

CAPITULO XVIII

LA EDUCACION COLOMBIANA

Lo mismo que en 1800. - Importadores de sabiduría. Un barniz libresco. - Modernas formas de influencia sobre la conducta humana. - El "paterfamilia" ha perdido su calidad moral de rector. - De nuevas situaciones surgirán nuevos hombres. - Reeducción de los adultos. - Principales fallas de nuestra educación. - ¿Tendrán el valor de rectificar?. - Algunas anécdotas. - Nueva cátedra de educación cívica humanizada.

Deliberadamente he dejado para el final este capítulo, que abarca todos los anteriores, ya que la educación es la base fundamental sobre la cual descansa la arquitectura de un pueblo. Su desarrollo y progreso avanzan en relación directa con su educación. Ni la economía, ni la justicia, ni la salubridad marchan armoniosa y progresivamente en un país en donde tanto las élites directivas como las masas carecen de una educación porque, así como las primeras han de elaborar los planes y señalar los derroteros, las segundas han de entenderlos, aceptarlos y cola-

borar inteligentemente a su desenvolvimiento, y para ello se requiere capacitación material e intelectual.

Creo que la educación colombiana padece de un "inmovilismo" que determina el retroceso en todos los órdenes de la actividad de la vida ciudadana. Se está educando hoy con los mismos principios fundamentales de 1800 cuando el desenvolvimiento de las relaciones humanas se regía conforme a un criterio paternalista, en donde bastaba acatar y obedecer a quien se aceptaba investido y poseedor de una superior sabiduría. Para una sociedad en formación, sin industrias ni fábricas y en un ambiente no turbado aún por la máquina, la electricidad, los vuelos espaciales y la desintegración del átomo, era fácil obtener la armonía con la implantación de patrones de conducta que se imponían por el solo peso de su autoridad en tan apacible clima mental. Para los artesanos y campesinos, una iniciación teórica en la vida de los libros con algunas nociones de lectura y aritmética y normas morales basadas en el temor. Para los jóvenes de las altas esferas directivas, la importancia de proveerse de un diploma que, al conferirles el título de doctor, los colocaba en superiores condiciones de poder y de lucro.

Con arreglo a tales normas educativas, basadas en el crudo individualismo de épocas pretéritas, se pretende que funcione hoy un Estado industrializado y cuya población aumenta vertiginosamente.

Es lógico que al cambiar las formas primarias de vida colombiana, se produjo una desadaptación entre éstas y los

patrones educacionales. Precisaba que éstos se adelantaran para dotar y equipar debidamente al nuevo tipo de ciudadano para el porvenir, en vez de estancarse produciendo así el desajuste entre las normas de conducta estáticas y las nuevas motivaciones que rigen hoy las relaciones humanas. De aquí el desequilibrio que percibe todo el mundo en el momento actual y que hace proferir expresiones tan carentes de conocimiento como de verdad: "Este es un país ingobernable". "La mezquina nómina de intelectuales aptos para las tareas de gobierno". Es que los diversos estamentos o clases sociales se les salieron del marco en donde habían estado confinados por toda una vida, y en vez de convencerse de que les ha faltado visión en su función directiva, lanzan amargas quejas. No entienden que una inteligencia rectora ha de ser elástica, lista a captar las nuevas realidades para producir modernas formas de influencia sobre la conducta humana. La valorización de los talentos directrices en razón del privilegio de ciertas castas es hija de la soberbia. Parte del principio equivocado de fijar en la herencia el origen único del talento para colocarse en una cumbre, desde donde racionan y distribuyen las capacidades, teniendo buen cuidado de establecer restricciones para aquellas clases o grupos sociales que han permanecido al margen o que, como las mujeres, fueron colocadas desde remotos tiempos en la condición de incapaces. Así provocan y mantienen una artificial escasez de inteligencias directrices. Esta valoración intencionada para fines preconcebidos no deja de ser un engaño cuando no se descubre su implícita mentira, porque sabido es de todos

que una inteligencia plasmada y madurada en la diaria lucha por la vida, si ha sido capaz de captar la lección de la experiencia, está en igualdad o quizá en mejores condiciones que cualquiera de los técnicos y sabios adoc-trinados por el estudio que, por eficaz y bien dirigido que sea, no proporciona las mismas fuentes de experiencia y comprobación.

Estas breves consideraciones en materia educativa traen a la mente la certidumbre de que es preciso dar a la sociedad un rumbo más dinámico, lo cual solo se consigue cambiando los anticuados sistemas educativos por otros que estén a tono con la situación presente. Nuestra actual sociedad industrializada se caracteriza por agrupaciones gremiales en defensa de sus intereses: tenemos los sindicatos, las asociaciones de cafeteros, algodoneros, tabacaleros, agricultores y campesinos, movidas todas ellas por un común anhelo de defensa e intervención en las altas cuestiones del Estado. Convencidas las gentes de que ya su acción individual carece de resonancia, se agrupan para constituirse en fuerzas modeladoras. Los gobernantes y dirigentes, cuya mentalidad se ha plasmado en anticuadas concepciones del mundo y de la vida, las rechazan, lo cual abre las válvulas de la insurrección colectiva, exteriorizada en huelgas, paros, etc., que terminan, al fin y a la postre, por obtener el reconocimiento de sus derechos conculcados. Este es un fenómeno de simple observación diaria, que arroja la convicción de que nuestras élites dirigentes son, en la mayoría de los casos, meras “incapacidades preparadas”. Han menester de una nueva educación que las

“prepare” para entender las modernas formas de pensamiento y de acción de los grupos organizados y aceptar de buen grado que su función no estriba ya en el rígido mandato sino en la ductilidad o agilidad para captar inquietudes y ejercer sobre ellas una vasta red de razonamientos, a fin de llevarlas por convicción a las justas concesiones que determinan su acoplamiento a la marcha ordenada de la administración. Se impone, pues, una revisión y rectificación total en cuanto a nuestros sistemas educativos, que puede esquematizarse en dos fases: educación primaria y secundaria en lo general, y reeducación para los adultos.

La primera ha de estar tutelada por la idea central de transmitir a los campesinos y obreros, más que un barniz libresco, una conciencia plena de sus responsabilidades como ciudadanos útiles a una patria que es la suya propia y de cuyo progreso o retroceso pueden ser factores decisivos e inmediatos. Precisa que esta clase de educación moderna esté presidida por cooperativas escolares, agrupaciones agrícolas o industriales, conforme a las preferencias o al núcleo ambiental en donde se desarrolla la labor educativa, a fin de que los menores adquieran desde la más temprana edad la concepción de un mundo en donde la solidaridad humana es fundamento esencial de su prosperidad. Esta forma de experiencia comunitaria los lleva a la conclusión de que el grupo organizado será fuerza constructiva conforme a su capacidad razonadora, apta para determinar tablas de valores morales dentro de su propio grupo y de los más próximos. Este tipo de educación

ofrece indudables ventajas porque, además de formar un material humano adecuado para la integración social, ayuda eficazmente a corregir las fallas y perturbaciones de la conducta, originadas por la quiebra de un arquetipo de núcleo social estructurado sobre la autoridad del "pater-familia", que ha perdido su calidad moral de rector.

Hace falta contrarrestar las malas influencias en los hogares, que son actualmente fraguas de la deformación moral y síquica del pueblo colombiano: presididos por un padre irresponsable y bebedor, que en los estamentos inferiores de la sociedad impone su autoridad en lo general a palo, los pequeños abren los ojos a una vida en permanente conflicto. La madre sometida a tal tratamiento acude a la mentira y al engaño para burlar las brutales imposiciones del "jefe del hogar", lo cual determina una permanente escuela de falsía para los hijos. ¿Cómo esperar que de esta clase de célula social puedan salir ciudadanos rectos y nobles? Lógicamente son seres deformados, amaestrados para la mentira y el engaño. Nuestra sociedad, basada en anticuadas normas de predominio absoluto del varón, continúa sembrando en la mentalidad masculina el ancestral precepto de su absoluta potestad e irrefrenable libertad de instintos. Como lo anoté en el capítulo del Subsidio Familiar, el hombre nunca se preocupa por la educación de sus hijos ni tiene contacto alguno con ellos en sus horas libres; esta obligación descansa sobre la madre, en lo general más ignorante que el varón. ¿Cómo puede ejercerse así la vigilancia indispensable de los padres sobre la conducta y la educación de los hijos? Como lo ano-

té ya también en el capítulo sobre La Prostitución, el Estado, al reglamentar y elevar a la categoría de profesión tan degradante vicio, lleva a la conciencia de los jóvenes la certidumbre de que es una necesidad social, lo cual corrompe su mentalidad y dificulta en grado extremo la educación sexual del varón.

Esta torcida formación moral trae también, como consecuencia inmediata, el concepto utilitario que los padres campesinos tienen de sus hijos: no los mandan a la escuela para aprovecharse de su trabajo, al cual los someten desde la más tierna edad, y cuando llegan a enviarlos es apenas por uno o dos años para que aprendan a leer. Por eso la proporción de alumnos en las escuelas rurales y aun en las urbanas, decrece notablemente en los últimos años de enseñanza. En las escuelas de Gachancipá (Cundinamarca) encontré la siguiente proporción, suministrada por el propio Personero: varones en 2o. año, 39; en 5o. solamente 8.- Niñas en 2o. año, 40; en 4o. 22.

Es, pues, notoria la importancia constructiva de estos grupos primarios que, al constituir los futuros cimientos del nuevo hogar equilibrado por la mutua responsabilidad de los esposos, abren de inmediato nuevas posibilidades de ampliar la cultura popular y facilitan el proceso de reeducación de los adultos. Así se establecen también nuevos hábitos de higiene, nutrición, primeros auxilios, trabajo y descanso, que despejan el campo para la orientación de la persona hacia formas de vida más humanas, basadas en un arquetipo de moral que tiene como funda-

mento el deber y la responsabilidad, y no el temor y las inhibiciones.

En cuanto a la educación secundaria y profesional, han sido la propaganda estandarizada y la competencia desleal los factores de descomposición social, semillero de resentimientos, frustraciones y desequilibrio que han deformado la mentalidad juvenil y torcido el criterio sobre la medida de los valores. A falta de nuevos sistemas educativos que despertaran la solidaridad humana y la cooperación, siguió primando el criterio individualista y la exaltación del ego en las clases dirigentes, que tienen en sus manos las llaves de la máquina gubernamental. Así tanto la prensa como la industria, la cultura y el poder se constituyen en gracioso privilegio de unos, mientras otros han de empeñar desigual batalla con riesgo de perderlo todo frente a quienes todo lo poseen. Se juega así dentro de un totalitarismo disfrazado de democracia, porque no existe la real igualdad en las posibilidades y oportunidades. Esta situación profundamente desmoralizadora fomenta el arribismo y crea una desaforada ambición de lucro, fama y poder, que sustituye los nobles ideales de elevación moral por groseros intereses personalistas. La mentalidad juvenil pierde todo sentido de calidad porque adquiere la certidumbre de que el encumbrarse no es cuestión de disciplinas intelectuales ni de firmes principios morales sino habilidoso malabarismo de “avivatos” y aduladores profesionales. La nivelación queda hecha por lo bajo y la preocupación se reduce a apoderarse

de un título que sirva de carnet para entrar al círculo de los privilegiados.

Pierden todo concepto de dignidad humana, borran la tabla de valoraciones y concluyen por creerse genios, ensanchando sus aspiraciones burocráticas. Este fenómeno generalizado y extendido del centro a la periferia, protocoliza el lamentable espectáculo de la feria de ambiciones: el barrendero aspira a alcalde o a personero; el alcalde es candidato fijo para gobernador, y no hay gobernador alguno que no se considere incomprendido o injuriado si no lo nombran ministro; agréguese a esto que en la “hora de ahora” todos los ministros han de pasar forzosamente a una embajada. Estos son los modelos de conducta que se ofrecen como patrones para la estructuración de la mentalidad juvenil. Por eso escasean tanto los núcleos intelectuales rebeldes, creadores de nuevas formas de pensamiento, que constituyen la corriente dinámica de las sociedades en transformación. Casi todos escogen los caminos trillados aceptando pasivamente el papel de aplaudidores. Así es como los comandos del Estado se van quedando a merced de la propaganda estandarizada, que entroniza la opinión prefabricada para inmovilizar todo avance que pueda atentar contra los intereses creados.

Se me dirá que estoy incitando a las juventudes a la rebelión. Es que yo no he creído ni compartido jamás la idea de las democracias impositivas, pues si así lo fuera carecería de razón mi férvida devoción por esta clase de gobiernos, cuya esencia reside en la dignificación de la persona humana. El talento del gobernante no consiste en cerrar

las válvulas del pensamiento de avanzada, con la falsa creencia de que su publicidad insurrecciona a las masas, sino en su receptividad para acogerlo. discutirlo razonadamente y ponerlo en marcha como fuente creadora de energía nueva, tan necesaria y tan útil para la cultura de los pueblos en proceso de formación. Nuestros dirigentes han pecado de exclusivismo y soberbia al desplazar estos pequeños grupos rebeldes, que se apartan del pensamiento común, con lo cual están contribuyendo a la nivelación por la mediocridad. Por eso, si aspiran a una creciente nómina de "intelectuales preparados", van a tener que rectificar valerosamente los errores que han mantenido al país encuadrado dentro de las caducas concepciones del pasado.

La reeducación de los adultos adquiere importancia fundamental en Colombia, en donde la violencia desatada desde arriba actuó como escuela de perversión sobre la mentalidad campesina. Los niños de ayer, que abrieron los ojos ante el atroz espectáculo, son los hombres de hoy, cuya mentalidad es preciso enderezar hacia el bien y la cooperación, cosa que sólo puede obtenerse por medio de una persistente y bien dirigida labor educativa, que cubra el campo y la vereda para rescatarlos del odio y reintegrarlos a la sociedad. Educar, en vez de perseguir. Ya nadie cree en los criminales natos y se ha comprobado que las circunstancias ambientales son medios eficaces para la readaptación y reforma de la conducta humana. De nuevas situaciones surgirán nuevos hombres.

Por otra parte y en tratándose de sustituir los viejos moldes educativos para adaptarlos a las modernas exigen-

cias de reajuste universal que haga frente a los cambios sociales, existe la urgencia de impulsar a los adultos de las capas sociales elevadas hacia una renovación de las ideas. Todos hemos aprendido cosas y aceptado planteamientos que ya han quedado en desuso por el avance de los rápidos cambios sociales. Entonces, la reeducación de los adultos ha de formar parte del plan educativo a escala nacional, como continuación de la escuela y la universidad.

El reciente escándalo suscitado en torno a la quiebra de los llamados "Institutos Descentralizados", en donde salieron a la luz fallas de intromisión politiquera, lentitud, vaguedad, etc., nos está indicando la necesidad de establecer también cursos de revisión para los técnicos que han menester de nueva orientación a tono con el ideal de restauración democrática.

Yo sostengo, basada en propias y directas percepciones obtenidas en mis recorridos por todo el territorio colombiano, que las dos únicas armas capaces de exterminar la violencia son: la reforma social unida a un plan educativo a escala nacional. Ya desde hace cinco años el Padre Lebret lo dijo, y nada se ha hecho. El Padre Lebret presentó un documentado y admirable estudio, con apoyo en cuadros estadísticos, que debiera verterse en un plan de desarrollo educacional progresivo en etapas de diez años hasta completar treinta.

Han pasado cinco años, y ni siquiera aparece el plan. La desorganización de un simulacro de educación perfectamente desvertebrada e inoperante continúa. Los caudales

públicos se distribuyen a topa tolontra entre los mil y un establecimientos de educación, todos con pomposos nombres, algunos muy bien intencionados y conducidos por sus rectores y superiores, pero aislados, carentes de la coherencia indispensable en esta clase de empresas cuyo primer factor de éxito nacional es la unidad de acción para fines determinados y preestablecidos juiciosa y científicamente.

Sobre las bases generales enunciadas para señalar la necesidad de un cambio, me propongo ahora sintetizar someramente algunas de las fallas que se destacan en nuestro llamado “sistema educativo nacional”.

Primera. Todo lo hemos importado, especialmente de Europa, sin tener en cuenta el material humano sobre el cual se hace el trasplante; en esta forma los métodos y sistemas adolecen de desadaptación porque vienen de pueblos superdesarrollados a chocar con nuestra masa analfabeta, “mulata, mestiza y tropical”. Nuestros sabios viajan al exterior y regresan bañados de luz a elaborar leyes, decretos, disposiciones mil para educarnos y civilizarnos, y como, en promedio, cada año cambia el Ministro de Educación, cambian asimismo las orientaciones por medio de las cuales cada uno quiere fijar su propia estela luminosa en este campo de experimentación de todos.

Segunda. De estos importadores de sabiduría, ninguno ha sido o es educador. No hemos tenido jamás un pedagogo al frente del Ministerio de Educación. En lo general han sido abogados los directores de tan importante

ramo. como abogados o médicos han sido también los secretarios departamentales de educación.

Para comprobación basta un caso concreto. Vivía yo en Tunja por los años de 1936 a 1946, y uno de los gobernadores de esa época puso al frente de la Secretaría de Educación a un distinguido y joven abogado, emprendedor y dinámico, de los pocos que toman en serio su oficio, y quien empezó por hacer reuniones de inspectores y maestros para informarse de la marcha de su ramo. Su inteligencia y honradez le hicieron comprender, a las primeras vueltas, que de eso no sabía nada. Los educadores le hablaban de reformas, métodos y problemas en un lenguaje ininteligible para él, de tal suerte que no podía resolverlos ni trazar derroteros; vio que necesitaba ilustrarse un poco sobre tan desconocida materia y se dedicó a comprar y leer los más modernos tratados de pedagogía y sicología infantil que lo familiarizaron con la terminología pedagógica, y preparó elocuentes discursos con los cuales aspiraba a deslumbrar al disímil cuerpo de educadores departamentales, compuesto en su mayoría por modestas niñas egresadas de la Escuela Normal de esa capital, todas muy preparadas en la materia. insomnes trabajadoras de mísero salario, pero seguras de que con su labor evangélica estaban colocando los cimientos de grandeza de su departamento. Mi calidad de maestra graduada normalista me mantenía en permanente contacto con el gremio y con la Escuela Normal de Tunja, en donde se educaban mis hijas. Solían mis colegas invitarme a sus reuniones, en donde tuve oportunidad de escuchar uno de

los flamantes discursos de nuestro Director de Educación, que abandonó, eufórico y suficiente, el aula repleta de maestros, muy seguro de que nos había dejado a todos alelados con su elocuencia pedagógica. Apenas volvió la espalda, las risotadas estallaron a diestra y siniestra.

Estaba entonces en pleno auge el método de enseñanza de lectura del sonideo, implantado por Sieber y despuntaba el decroliano. El director había hecho una mezcla de ambos, con muchos otros nombres, entre los cuales figuraba la señora Montessori; su terminología era, pues, abundante y variada pero, en síntesis, no había dicho nada. Unos maestros de los allí presentes, entre los cuales se destacaban los rectores de la Normal y del Colegio Departamental Femenino, algunos profesores importantes y un maestro graduado que era también abogado titulado, nos quedamos comentando el desastre de la educación en manos de esos doctores muy preparados para otras ramas, muy inteligentes, pero que en materia de educación desembocaban en una fraseología inoperante y perfectamente fuera de lugar. “Haga usted algo”, me dijeron.

Hablé con el Gobernador, quien después de oirme con gran atención me dijo: “Tiene usted toda la razón: la educación debiera entregarse a técnicos especializados; pero infortunadamente ocurre en este país eminentemente político, que los gobernadores tienen que dar representación política a cada una de las secciones del departamento y como desgraciadamente no tenemos aquí un pedagogo político de arrastre, es decir, con electorado propio,

no lo puedo nombrar. Digale a sus colegas que no se preocupen tanto; este muchacho es muy inteligente, y lo que pasa es que está iniciándose apenas, pero estoy seguro de que en el curso de unos seis meses estará en condiciones de hacer cosas muy buenas". "Dicen que 'echando a pique se aprende'," le repliqué.

Con este criterio la educación ha sido el eterno conejo de laboratorio de todos los politiqueros que la han echado a perder sin que ellos hayan aprendido nada porque la experimentación práctica ha de estar precedida y orientada por conocimientos.

Tercera. No hay aliciente alguno para los individuos que escogen la profesión del magisterio, en donde la más alta posición a que pueden aspirar es la de Inspectores, Visitadores o empleados secundarios del Ministerio o de las secretarías departamentales. El escalafón es para catalogar a los maestros en categorías de sueldos de hambre. Esto, por una parte, demerita la profesión al colocar al educador en la condición ínfima de "maestro de escuela", que es casi un pordiosero; y por otra, aleja y distancia a las gentes de una carrera sin porvenir. Sostengo que es una profesión de pordioseros porque ese fue su origen en nuestro país:

Ocurría, cuando las mujeres no tenían acceso a la Universidad, que la única elevada cultura a su alcance era la normalista, y también la única carrera "propia de su sexo", la de maestra de escuela. Estas circunstancias hacían muy abundante y disímil el personal normalista: en

general la mayoría estaba integrada por niñas de familias de escasos recursos pecuniarios que necesitaban trabajar en lo único que les era permitido, y una pequeña porción de élites intelectuales ansiosas de cultura. Este personal se distribuía en las escuelas públicas del país, en los colegios para mujeres y algunas fundaban establecimientos propios.

Como no había Normales Rurales, de la educación campesina se encargaba a señoras muy pobres, viudas indigentes o solteras desplazadas de todos los sitios, que se refugiaban en la enseñanza para ganar el pan. Conocí en el Socorro a la señora Abigail Uribe de Uribe Toledo, dama distinguidísima de rancios abolengos, casada con un inteligente abogado, el doctor Luis Felipe Uribe Toledo, quien desempeñó importantes cargos en la administración pública y había sido mi profesor de gramática en la Escuela Normal. Muerto él, quedó la señora en la mayor miseria; totalmente impreparada para cualquier trabajo que le proporcionara el pan, solicitó una escuelita y fue nombrada directora de una rural de vereda cercana al Socorro. Yo acababa de graduarme y me dediqué a ayudarla a salir del paso organizándole la escuela y dándole algunas ideas rudimentarias sobre la manera de desempeñar la complicada y ardua tarea a que se vio abocada por absoluta miseria. Estos casos se multiplicaban diariamente. La enseñanza era, pues, profesión de mujeres en la época de mis años juveniles. Se hizo mucha caridad con ella y se formó también, dentro de las normalistas graduadas, una constelación de educadoras tan competentes que brillaron

con luz propia al frente de diversos planteles oficiales. Fue un equipo de no menos de doscientas pedagogas de primera categoría. Sin embargo, ninguna mereció una posición directiva en la educación y así se fueron desplazando hacia actividades particulares. De lo cual se desprende que el cargo de educadoras es para mujeres, pero sometidas a la tutela y comando de varones, ayunos de conocimientos sobre la materia, pero usufructuarios de las más altas asignaciones presupuestales. Es para reír la inaudita pedantería con que discurren por los predios educativos, en donde todo lo trastruecan y dislocan, y pregonan la sentencia de que las mujeres no están preparadas para nada. Si al menos tuvieran la discreción de callar sobre lo que ignoran, podría aceptarse la honradez y pulcritud de que tanto se alaban algunos.

Vino luego una reacción, importada no se de dónde; el gobierno resolvió que las escuelas de varones debían ser regentadas por hombres, y abrió las Escuelas Normales para varones.

Es obvio que a muy pocos agradaba una carrera sin porvenir, con sueldos de hambre, teniendo en sus manos todas las profesiones y los altos y bajos empleos del país. Se distribuyeron becas a porrillo, que fueron llenadas por aquellos jóvenes que, carentes de recursos para ingresar al bachillerato, hacían los estudios normalistas y salían a ocupar los diversos empleos a su alcance, o se colocaban en condiciones de obtener su cartón de bachillerato con uno o dos años más de secundaria. Otros, quizá los más, se orientaban hacia diversas actividades comerciales, in-

dustriales, agrícolas. etc., en donde encontraban horizonte y fortuna.

Hace apenas unos tres meses, los alumnos de la Escuela Normal de Tunja graduados en 1942 tuvieron la idea original de reunirse para festejar con sus profesores los veinte años de graduados. Concurri con mi marido, que había sido profesor de Historia de Colombia, y declaro que es ésta la más interesante fiesta que haya conocido. Eran alrededor de unos treinta normalistas, todos con sus señoras; el profesor Max León tuvo la singular idea de proponer que cada uno resumiera en breves palabras el curso de su vida durante esa etapa de veinte años. Ardía la emoción al recuento de esas vidas de donde surgieron médicos, abogados, industriales, comerciantes, agricultores, siquiátras y sicólogos, y únicamente dos se habían quedado en el magisterio, pero solamente uno estaba al frente de la enseñanza oficial, porque el otro había fundado su propio colegio.

Las causas de retiro de su profesión de educadores fueron unánimes: no hay horizonte, ni estímulo, ni recompensa de ninguna clase en una carrera cuya única perspectiva es el hambre y el despectivo nombre de “maestro de escuela”. Esta pequeña estadística recogida al azar, en el calor de una fiesta, arroja la plena comprobación de que la escasez de educadores que confronta el país radica en las miserables condiciones en que se ha colocado la más importante rama de la administración pública, que es la educación.

Cuarta. Dirigida por ignorantes en pedagogía, carente de maestros y de locales escolares, la educación pública de este país se ha convertido en un privilegio que sólo pueden obtener, a muy alto precio, las clases adineradas. Pero aun éstas no se benefician de ella porque lo que se les da no corresponde al momento actual ni encuadra dentro del ritmo de desenvolvimiento que va tomando la nación. Lo poco que hay en educación adolece de estancamiento, se ha quedado paralizado en las épocas y normas del crudo individualismo, del "laissez faire". Por eso el país marcha tan dificultosamente hacia adelante con la industrialización tropezando en todas partes con el estorbo de una carencia absoluta de técnicos y de obreros. No han pensado en el desarrollo integral de la persona humana como sujeto activo de una comunidad a la cual pertenece y está ligado por comunidad de territorio, de aspiraciones, intereses e ideales que convienen y favorecen a un todo, que es la nación dentro de la cual viven y han de prosperar. Por eso proliferan los grupos diversos y anarquizados, que ni siquiera tienen líderes capaces de enarbolar un estandarte de ideas, que determine la cohesión, característica de la acción comunitaria. Son agrupaciones de descontentos, amargados y resentidos, que arrastran toda la escoria de los bajos fondos pasionales para lanzarse a la estridencia y al motín callejero.

Entre los diversos grupos que actúan en el parlamento no veo uno solo que exteriorice los recios perfiles de unidad de pensamiento y de acción dirigida y orientada seriamente hacia el bien común. No conozco programas

concretos de ninguno de ellos porque todos se integran o desintegran momentáneamente alrededor de intereses puramente personalistas. Se alimentan de combinaciones politiqueras en torno a elecciones de funcionarios, alrededor de las cuales se despliega una sutil actividad combinadora y electorera. Todo lo cual es protuberante demostración de carencia de contenido ideológico, y exteriorización patente de la ausencia de una educación modeladora de ciudadanos.

Quinta. La mezquina educación que el Estado suministra con gotero es puramente teórica. Por eso la educación campesina, que debiera ser la primera, es la más descuidada. Para estas gentes que no tienen acceso a la secundaria y que por tanto han de extraer de la escuela rural conocimientos básicos y formación ciudadana para toda una vida, sólo se les da dos años de enseñanza alterna (varones y niñas), que se reducen así a uno solo. Sin granjas de experimentación, ni cooperativas, ni acción movilizadora de la solidaridad humana de ninguna naturaleza, la única noción de patria que reciben es la presencia de los politiqueros, en vísperas de elecciones, para inyectarles el morbo de la pasión sectaria.

Vi, tanto en China como en Checoslovaquia y Alemania, una educación obligatoria y gratuita, en donde la teoría y la práctica alternan en todos los institutos educacionales rurales, urbanos, secundarios y profesionales. Conoci talleres de artesanía, terrenos experimentales y laboratorios anexos a los establecimientos de educación, en donde los alumnos trabajan dos tardes semanales o más, según el caso especial de la enseñanza.

Sexta. No hay escasez de fondos sino desorden administrativo. El centro medular de la inercia educacionista reside en la dispersión, que determina el más escandaloso despilfarro del porcentaje destinado a la educación. Hay una desproporción gigantesca entre lo que el Estado gasta anualmente en educación y los resultados que se obtienen, así en la cantidad como en la calidad. Esto se comprueba fácilmente con el porcentaje de analfabetos, que no decrece, y con el pavoroso aumento de la vagancia infantil, que es consecuencia inmediata de la calidad de educación que se ha dado a los padres de esos niños. Ante la infinidad de organismos dependientes de todos y cada uno de los ministerios, todos a su vez con funciones educativas, los nuevos Institutos Descentralizados y los mil colegios, establecimientos y centros docentes de diversa índole, cuantosamente auxiliados y autónomos, tengo la sensación de que el Ministro de Educación, además de falto de técnica pedagógica, es una figura decorativa y juguete de las múltiples fuerzas desvertebradas e incoherentes que protagonizan la farándula educacional.

Para una muestra del grado a que han llegado los dirigentes colombianos en la dilapidación de los caudales públicos, basta recordar la destrucción del tranvía para cambiarlo por buses y troleys viejos importados de los Estados Unidos dizque para ponernos a tono con el moderno sistema de transporte. Solamente en cerebros de fanfarrones inconscientes puede haber tanta insensatez. Nadie ignora el esfuerzo que representa para un país pobre cubrir el altísimo costo de instalación de una red de tranvías; y tam-

bién todo el mundo sabe que una vez hecha esta erogación se asegura un servicio cuyo costo de mantenimiento es casi nulo y su duración eterna. Sin embargo, no vacilaron en cubrir con cemento el enrielado y tirar las casetas creyendo así ponerse a nivel con los Estados Unidos que son los más poderosos fabricantes de automotores. En la mayor parte de los países de Europa ví el antiquísimo tranvía prestando servicio cómodo, decente y barato. Sólo aquí ha llegado a tan funestos extremos de destrucción la travesura de nuestros micos sabios. Estos casos de escandaloso despilfarro se repiten en todas las ramas de la administración pública como lo he demostrado en capítulos anteriores. ¿Cómo esperar así que haya recursos para la educación y salubridad del pueblo?

Séptima. La total carencia de unidad y planificación educativa se refleja en la autonomía dada a los departamentos en cuanto a la educación primaria. En estas condiciones se ha protocolizado una discriminación manifiesta entre la población colombiana, dividida en departamentos ricos, que tienen posibilidades educativas porque disponen de recursos para locales, material de enseñanza y altas asignaciones a los maestros, y departamentos pobres, que se ven forzados a establecer sueldos de hambre para los institutores.

Octava. La falta de continuidad en los desarrollos educativos, que es el resultado de la intromisión política dentro de la educación. Los cambios y traslados de maestros son permanentes y sin justificación seria alguna. He presenciado casos como en el del corregimiento de San

Carlos departamento de Córdoba, en donde se destituyó a una maestra de primera calidad, querida y respetada por todo el vecindario, por atender a intrigas de la más baja extracción. Estos casos se repiten en todas partes, sin miramiento ni consideración alguna para con los educadores, a quienes se considera, no como modeladores de la sociedad, sino como empleados de mísero sueldo, que se pueden cambiar, reemplazar o sacar del tablero de la educación en cualquier momento.

Urge una planificación inmediata que unifique esta serie de retazos en algo serio, global y sintético; capaz de formar en la secundaria y profesional élites dirigentes nuevas, estructuradas y orientadas hacia un ideal de solidaridad nacional; y en la primaria y rural, obreros, artesanos y agricultores dotados de un desarrollo pleno de sus potencialidades, conscientes de sus derechos y deberes como ciudadanos de una misma patria, y por tanto, reintegrados a una comunidad cuya grandeza o miseria dependerá tanto del esfuerzo de sus brazos como del vigor de su inteligencia. La educación de ciudadanos y la formación de técnicos y operarios, es una de las pocas erogaciones que retribuyen caudalosamente al Estado cuanto en ellas se invierte, en términos tales que las partidas que se les destinan son más productivas inversiones a corto plazo, que gastos exagerados, como aquí se ha creído. Frecuentemente se habla de la estulticia de nuestros obreros, de su falta de cooperación, de su escaso rendimiento y de su desgano para el trabajo. ¿No son estos defectos el índice de su deficiente o nula preparación? Indisciplinados, bebedores e

irresponsables, salen de las fraguas de una pésima formación moral, intelectual y profesional. ¿Quién es el responsable? Nadie será tan osado como para negar que esta responsabilidad recae directamente y sin lugar a dudas sobre los mismos dirigentes que han tenido en sus manos las riendas del poder, sin que jamás se les haya ocurrido abocar seriamente la tarea de formarlos para dotar al país del equipo de operarios aptos no solamente para un mayor rendimiento en el trabajo, sino también con una mentalidad firmemente orientada hacia el ideal democrático de gobierno. Nunca se ha pensado en Colombia en suministrarle al pueblo esta clase de conocimientos. Nuestros campesinos y obreros desconocen los principios fundamentales de una democracia, no saben en dónde estriba su diferencia de los regímenes totalitarios y, por tanto, no pueden valorar sus indudables ventajas ni sentir emoción alguna ante la certidumbre de una patria libre. A diferencia de otros países en donde la principal tarea de los gobiernos consiste en formar una mística por medio de vasta labor educativa sobre todas las capas sociales, aquí se limitan a dar elementales nociones de la Constitución y funciones de las diversas ramas del poder público, y a eso llaman "Instrucción Cívica". Transmiten en forma puramente mecánica conocimientos que no despiertan el orgullo de nuestra nacionalidad ni el alma de nuestra raza y que bien orientados pudieran ser la muralla fuerte contra las intromisiones de ideologías extranjeras. No hay que olvidar que toda gran política tiene como piedra angular un ambicioso, coordinado y bien estructurado plan educativo

nacional. De lo contrario, Colombia está abocada a su ruina y desprestigio en breve tiempo. Sólo una educación planificada puede detener el proceso de desintegración que se cumple y agiganta ante la mirada complaciente de los que montan la tramoya para usufructo propio; de los que, conociendo el error, lo callan por temor a perder sus prebendas, y de los indiferentes que no se molestan en gritar verdades, que nadie quiere oír porque les pueden acarrear disgustos.

